

Una voz libre del mundo libre

Fue el día de San Nicolás, al anochecer, cuando recibí el encargo de convertirme en asesino. Casi al instante, aunque con cierta ligereza atolondrada, estuve conforme. Una voz masculina y firme procedente del aire, del éter infinito, me azuzó; no fue un demonio, no fue un dios, sino un locutor que leía el parte y que, a través de una especie de segunda pista de audio, me exhortaba, susurrándome al oído, a asesinar al asesino R. Una voz de la RIAS, la emisora de radio del sector americano, y encima el día de San Nicolás: comprendo que, ahora que confieso un atentado que prescribió hace mucho tiempo, habrá quien me tome por loco o tome por loco a quien yo era entonces.

Nadie conoce mi secreto, la policía percibió tan poco como mis mejores amigos el instinto asesino que yo ocultaba, y puesto que se me consideraba una persona tranquila y pacífica, mi silencio cuando se tocaba el tema de los asesinatos y la violencia nunca resultó sospechoso. Ahora puedo hablar, ha llegado la hora de confesar. Progresivamente van aumentando las ganas de poner en marcha el tren fantasma de los recuerdos y de bajar a la pequeña vivienda del sótano, donde un estudiante enciende la radio, alimenta con carbón la estufa de cerámica, pone a hervir agua para el café soluble y no puede

resistirle al aroma de las galletas que la madre le ha enviado en el paquetito de Adviento.

Puesto que nadie va a creer de buenas a primeras que fui un asesino, me veo obligado a comenzar desde el principio: la estufa y las galletas también forman parte de la cadena de indicios de la narración. Mientras no pueda excluir que las galletas estimularon mi instinto asesino, no debo ignorarlas en mi confesión por escrito. Yo mismo tengo que practicar me el interrogatorio. Eso es lo malo de no haber sido descubierto. Como en las mejores novelas policíacas, los motivos, las circunstancias y los percances del crimen solo se pueden ir desvelando poco a poco.

Llegaron las noticias, frases habituales en el alemán habitual de las noticias. No les presté atención, arrastraba el cansancio de aquel diciembre gris y húmedo. La habitación todavía estaba fría, una estufa de cerámica necesita su tiempo, me dejé reconfortar por la voz del locutor, por la familiar voz de bajo que cada hora se erguía en la voz libre del mundo libre. Las galletas estaban duras y no eran muy dulces. Decidí esperar a la previsión del tiempo y luego a Mozart o Beethoven para apagar la radio.

Igual que las demás emisoras de Berlín, la RIAS americana tampoco estaba libre de propaganda, pero tenía los mejores locutores, con voces sugerentes, vibrantes, masculinas, protectoras y resueltas como la potencia protectora de donde procedían. Presté más atención a la destacada modulación de la voz de bajo que a las noticias hasta que llegó el comunicado, leído de manera rutinaria: «El jurado de la Sala lo Penal de la Audiencia Territorial de Berlín ha absuelto al antiguo juez del Tribunal del Pueblo, Hans-Joachim Rehse, de la acusación de asesinato en siete casos».

La noticia no tenía nada de sensacional, nada inesperado, tampoco en aquel entonces. Cualquier otra sentencia habría sido una sorpresa. Los juristas no condenan a los juristas, ni siquiera si han emitido más de doscientas sentencias de muerte, faltaría más. Se confirmaba un cliché y, sin embargo, detrás de aquella noticia acechaba otra, una novedad susurrada. En una especie de tercer oído, en el laberinto del oído interno, donde las contradicciones se quedan pegadas, en las sílabas procedentes del éter escuché las vibraciones de un mensaje secreto, una exhortación clara: Alguien tiene que sentar un precedente y matar a ese asesino, ¡y ese serás tú!

No, no había bebido nada, no estaba bajo el efecto de las drogas, no había salido dando tumbos de la cama de alguna amiga. Estaba totalmente sobrio, solo un poco cansado, cuando la frase me alcanzó: Alguien tiene que sentar un precedente y matar a ese asesino, ¡y ese serás tú!

El locutor dio la previsión del tiempo para el fin de semana mientras mi imaginación se disparaba: yo con una pistola, un estallido, un hombre se desplomaba, así de sencillo, la continuación lógica de las noticias. No me habría extrañado escuchar en la radio el siguiente comunicado urgente: Acabamos de saber que un estudiante de Berlín ha tomado la decisión de matar al juez R.

¡Estás loco! ¡Precisamente tú! ¡Olvídalo! De ese modo intenté poner freno a la imaginación. No tenía ninguna gracia, era ridículo, absurdo, no merecía ni medio pensamiento. ¡Basta!

Y es que yo ni siquiera tenía valor para coger un adoquín, por no hablar de lanzarlo. Yo, un criminal, un asesino: la idea era más que audaz, era imposible, disparatada, alocada. Pero supongo que, precisamente por su absurdidad, hizo que

saltaran chispas y que mi susceptible imaginación se inflamara y suministrara enseguida las imágenes oportunas:

Yo, apoyado en la entrada de un edificio de la Witzlebensestrasse, delante del Tribunal Superior de Justicia de Berlín, interpretaba el papel protagonista y esperaba al juez asesino. No por mucho rato; un hombre salía del portal, bajaba unas cuantas escaleras y se dirigía a su automóvil, donde yo, después de apuntarle con precisión, lo abatía de tres disparos y desaparecía con paso tranquilo en dirección al Lietzensee, a la vista de todos los transeúntes pero sin que nadie me detuviera en mi marcha firme, orgullosa: hombre joven, entre 20 y 25 años, aproximadamente 1,80 m de altura, delgado, rubio, vestido con una cazadora azul oscuro y vaqueros azules... hasta que las sirenas procedentes de la Kaiserdamm anunciaban mi detención formal y el rollo de película se cortaba.

Un cortometraje simple: un canalla, un individuo, un disparo. Una película de serie B, eso estaba claro, pero enseguida noté el efecto estimulante: la felicidad de ser un héroe, el vengador de los justos, durante unos minutos.

Era demasiado tarde, no tenía elección. Porque, y esa es una circunstancia agravante, todo eso ocurrió en el año mil novecientos sesenta y ocho.